



Eduardo López (El País)

Vuelve al teatro Lara **uno de los textos más bellos y conmovedores vistos últimamente**, *Las heridas del viento*, de Juan Carlos Rubio. Una obra que ya ha tenido una intensa trayectoria internacional tras estrenarse en Nueva York, México, Costa Rica y Chile. En el *hall* del teatro con la única compañía de dos sillas, cuatro focos y un iPhone en el que se escuchan temas de Mina, vamos descubriendo la historia de David, que al morir su padre encuentra una caja llena de cartas de amor dirigidas a un hombre. Desconcertado decide buscar al remitente para descubrir cómo era realmente su padre. Poesía y drama se entremezclan en esta obra que provocan **un torrente de emociones**, tiernas, ofensivas, pero sobre todo reales. Dirigida por el propio autor, el personaje del homosexual, con una larga historia de soledad y rechazo, está magníficamente interpretado por Kiti Manver; Daniel Muriel se mete en la piel del hijo que busca los secretos del padre.

El Cultural.Es (El Mundo)

El hall del teatro Lara de Madrid ha reservado la noche de los lunes para Kiti Manver (sí, digo bien, los lunes, el tradicional día de cierre de los teatros), lo que quiere decir que, a tan sólo medio metro, se puede ver a la actriz en una de las transformaciones más emocionantes de su carrera. La pieza, *Las heridas del viento*, se la ha brindado Juan Carlos Rubio, “su autor” y con el que ha formado tándem artístico, pues ya lleva interpretadas cuatro de sus comedias y también la ha dirigido en múltiples ocasiones.

El cartel de la función es bastante elocuente de la faena que aguarda a Manver, pero evitaré desvelar el argumento pues la obra perdería muchos de sus atractivos para el espectador. Sí diré que en esta ocasión le ha tocado un personaje masculino, Juan, con **una historia dramática de soledad y rechazo**. Y que en escena le acompaña el joven Dani Muriel, de voz profunda y que tiene que

enfrentarse a la difícil tarea de abrir la caja de los truenos y, luego, limitarse a escuchar lo que ocurrió.

Siempre me ha parecido que Manver pertenece a esa estirpe de actrices que trabaja desde las entrañas y que no teme tirarse a la red. Ella lo cuenta así: “Soy una actriz del Método, de las que llegan a los ensayos con todo aprendido y los deberes hechos, y ya sabe que la actrices así nos ponemos un poco intensas”. Pero añade: “desde que trabajo con Juan Carlos me he vuelto un poco vaga. Ha sido una suerte caer en sus manos, ¡es tal la confianza que tengo en él! Y precisamente con este montaje estoy como una niña chica, con la sensación de cuando comenzaba en este oficio. Está bien que la gente quiera reír, pero también necesita emocionarse y yo gozo con esta función cuando descubro sus ojos brillantes y oigo sus ays”.

Ella hace un trabajo descomunal y es hermoso ver su transformación frente al público. Primero, se ayuda del vestuario. Pero lo interesante es comprobar cómo se apropia de Juan, deslizado pequeños matices gestuales, de entonación, de humor... que le van dando relieve; cómo lo eleva progresivamente situándose en esa sutil línea que separa lo trágico de lo cómico, apelando en ocasiones al público; cómo conduce sus reflexiones sobre asuntos de la condición humana y, finalmente, cómo descarga sus emociones en el triste monólogo final.

Rubio ha jugado con varios elementos misteriosos, intentando llevar la historia por caminos sinuosos pero verosímiles. Y hay un evidente esfuerzo por mimar el lenguaje, huyendo de coloquialismos y elevando el nivel literario de la obra. Y claro, vuelvo a Manver, pues se exige talento para encarnar con naturalidad un texto así. (Me viene a la memoria, por lo endiablado del lenguaje, su María Gaila en la última versión de Divinas Palabras que dirigió Tamayo, de esto hace la friolera de quince años).

Desde el punto de vista argumental, la obra aborda el tema de la importancia del azar y la casualidad en el curso de nuestra existencia, y especialmente en lo relativo al amor. No somos dueños del curso de nuestra vida, aunque creamos lo contrario, viene a decirnos el autor. Empezando por la familia en la que nacemos, y que nos vincula a personas de las que en muchas ocasiones acabamos ignorando casi todo. De hecho, la pieza que ha dirigido el mismo Rubio, tiene un inicio muy teatral: el autor sale a escena y muy emocionado dedica la obra a su padre, “del que apenas sé nada”. Es fácil identificarse en sus palabras.

Las heridas del viento se estrenó por primera vez en Miami, en 2008, con actores americanos. Ahora es la primera vez que se representa en España y, según cuenta Rubio, la producción ha sido ideada especialmente para el vestíbulo del Lara. Han conseguido prorrogar hasta febrero. Además, Manver y Rubio tienen otra obra de tono cómico que giran por España: Esta noche no estoy para nadie, obra que el autor ha transformado en un musical.

Julio Bravo

Al Teatro Lara, lo sabéis, se le conoce como «la bombonera», por la belleza y encanto de su sala. El lunes se estrenó allí **una auténtica joya**, «Las heridas del viento», de Juan Carlos Rubio: se trata de **una función magnética, arrebatadora, que envuelve su drama en suave celofán**. Pura esencia de teatro, donde el texto y la interpretación se ofrecen desnudos al espectador (no es literal, aunque el cartel invite a pensarlo), con la sola compañía de cuatro focos y la música de un iPhone.

«Las heridas del viento» es un texto acibarado, desazonado. Sus frases son una comezón que los dos personajes tratan de aliviar mientras libran un extraño y particular combate. David trata de encontrar respuestas y Juan tiene la llave de un pasado oscuro y aparentemente turbio; un pasado que es, en realidad, una triste y **conmovedora historia de amor que encoge el estómago y el corazón de los espectadores**.

Juan Carlos Rubio dirige un espectáculo de una desnuda belleza, cargado de eléctrica sensibilidad, lleno de pequeños detalles que encuentran en el hall del Lara su marco perfecto. Son cómplices los dos intérpretes. Dani Muriel, lo he dicho en otras ocasiones, es un admirable actor con un gran tormento. El suyo es un David atormentado, confundido y ávido de saber; es firme y dulce al tiempo. Kiti Manver encarna a Juan, un homosexual maduro que esconde muchos secretos. Su interpretación es literalmente sobrecogedora, sincera; su Juan patético, anhelante e inspirador de lástima, y todo ello dentro de un comprometido corsé masculino al que brinda su sensibilidad sin amaneramiento.

El teatro, en ocasiones, es mágico, y alrededor de setenta personas tienen la ocasión, cada lunes, de comprobarlo en el hall del Lara. Si podéis, no os la perdáis.

Mibutaquita.com

Pocas veces un texto deja una huella tan profunda que a lo largo del día pesa como una losa en tu espalda, en tu alma. Un poso que difícilmente desaparece en poco tiempo, y menos cuando, de una forma u otra, toca en aquello que creías olvidado, enterrado o, en su caso, maquillado.

David, un joven de 32 años, cuyo padre acaba de morir sin apenas conocerlo, descubre unas cartas de amor entre las pertenencias del difunto. Pero las cartas no son de su madre, ni siquiera son de una mujer, son de Juan. A partir de ese momento las dudas y el deseo de descubrir a un hombre que pocas veces le dio un atisbo de cariño, le llevan a buscar al misterioso remitente de ese amor epistolar. Lo que no sabe es que Juan no le pondrá las cosas demasiado fáciles.

Podría decirse que ese hombre mayor, solo y con una afilada lengua, es uno de esos personajes que hacen que el teatro cobre vida, que agradezca que se piense en él creando vidas dignas de contarse entre sus muros. Juan Carlos Rubio ha creado un personaje especial, un hombre sabio con una vida larga y dura, con heridas incurables y sobre todo, con años de amargura. Juan es listo, inteligente y mordaz, esa audacia y elocuencia que dan los años, a veces pareciera un filósofo de la vida. Pese a lo que se pueda pensar, no es pedante, ni arrogante. Pero lo mejor de todo es que está interpretado por una mujer; he aquí el gran acierto del reparto.

Kiti Mánver hace un trabajo interpretativo de los que no puedes dejar de admirar, más masculino que si lo hubiese hecho un hombre, el cual muy probablemente hubiese caído en interpretar a un maduro homosexual con mucho ramalazo. Mánver pronto se despoja de su melena rubia y se mete al público en el bolsillo mirándolo a los ojos, a través de la mirada de Juan, de sus gestos, de sus inteligentes palabras. Ensalzar más el trabajo de esta actriz sería caer en la obviedad, mejor juzgad vosotros mismos.

No se queda corto Daniel Muriel en su papel de enojado hijo. Sus dotes de contención e ira por un padre que nunca le amó, o al que al menos nunca notó cerca, lo colocan cerca del espectador, humanizando un personaje que en presencia de su opuesto se quedaría pequeñito.

Adereza este drama de caminos equivocados y preguntas sin respuesta las hermosas canciones de la diva italiana por excelencia, Mina. Su voz aguda y punzante, y grave y doliente a la vez, hacen que los personajes caminen a través de su música como si éstos se embriagara de su poesía. Perfecta simbiosis la del paso del tiempo a través de la garganta de la “tigresa de Cremona”.

Sin más rodeos, solo queda por decir, que bajo la mirada del que escribe, es **uno de los textos más brillantes que se ha escrito en los últimos años.**

La Guía del Ocio

"Las heridas del viento" es una de las primerísimas obras de Juan Carlos Rubio y, a pesar de eso, **pieza de rotunda madurez**. Un texto de tal calidad, que merecería alguna minúscula poda de expresiones "literarias" que lo dejara definitivamente redondo. Pero esto son manías de crítico, la impresión general que deja en el oído es excelente. Al fallecer su padre, un joven descubre las cartas de amor que le dirigió un hombre. Vemos mucho teatro gay que es sólo eso: gay. No es el caso. Esto es tan teatro gay como Cena con amigos puede ser teatro hetero. En esta versión, la cosa queda además desdibujada, porque el personaje del remitente de las cartas lo interpreta una mujer. O sea: que lo que menos importa en esta historia es el género de las personas, y lo que más, sus sentimientos. Rubio ha manejado con desparpajo, creo que es la palabra más apropiada, el espacio del vestíbulo del teatro Lara. No ha añadido casi nada: unas canciones de Mina, unos focos que los actores encienden y apagan... No hace falta más. Podría cortar su propia y breve intervención inicial, y ganaríamos en sobriedad, la mayor baza de la función. **Kiti Mánver está inmensa, y no hay más que decir. Y Dani Muriel le aguanta el tirón, y es mucho decir. Yo no me la perdería.**

1.- Un texto de tal calidad, que merecería alguna minúscula poda de expresiones literarias que lo dejara definitivamente redondo. Hay pequeños detalles que desentonan en un conjunto excelente. Adjetivos antepuestos en contextos de lenguaje coloquial, tópicos literarios... Por ejemplo: "Desolado, consultaba el desnudo buzón que no me aportaba ni el más mínimo consuelo" (cito de memoria). Sí, bonito de ritmo, sí, bonitas las aliteraciones... pero no encaja y es banal. Aunque ya lo decía en la crítica: son pequeñas objeciones, ni siquiera las mencionaría si la pieza no fuera tan buena. Si alguien va hecho un adefesio, no merece la pena decirle que lleva unos calcetines horribles, pero si es lo único que le falla...

2.- El personaje del remitente de las cartas lo interpreta una mujer. Y da exactamente lo mismo. Como cuando la Portillo hace de Segismundo en La vida es sueño de la Pimenta. Como en el caso de la Portillo, estamos antes una extraordinaria intérprete: no es sólo que nos convenza de que es un hombre, eso es transformismo, y es un arte menor. Es que la hondura de la interpretación convierte al género del protagonista en un detalle sin importancia. Aunque esto no impide que, por momentos, la evocación de un homosexual maduro sea estremecedora.

3.- Rubio ha manejado con desparpajo el espacio. Él mismo, y los actores, encienden y apagan los focos. Él mismo pone y quita la música, y la actriz enchufa el conector correspondiente. Las acciones son de una naturalidad sorprendente, lo mismo que cuando la Mánver realiza su transformación también a la vista del público. La música está puesta de maravilla, justo donde mejor cae. Mina: La música è finita (echen un vistazo también a la versión original de Ornella Vanoni), Vorrei che fosse amore y una tercera que no recuerdo. Voy a tener que empezar a llevarme esa odiosa libretita de crítico al teatro, qué horror. Sólo me faltará la bufandita de intelectual.

4.- Dani Muriel le aguanta el tirón. Vaya que si se lo aguanta. Después del largo monólogo final de la Mánver le toca intervenir. Yo me escaparía corriendo a mi casa. Pues nada, se pone de pie, mira al público y suelta sus frases en el tono preciso, con la cara precisa. Hay que tener la cosa muy bien pensada, y hacerla muy bien, para evitar un monstruoso efecto de anticlímax. Ya les dije que me encantó en La mecedora y en Agonía y éxtasis de Steve Jobs. En el plomo de Los miércoles no existen me tocó el otro elenco, pero seguro que estaba bien, es uno de esos actores que le echan entusiasmo y pueden con cualquier cosa.

Conclusión: CORRAN A SACAR ENTRADAS (SI QUEDAN)

Mensaje para los gestores del teatro: PRORROGUEN

Culturamas.es

Desnudos. El escenario. El texto. Los intérpretes. Incluso el director.

Desnudos en un escenario -el hall del madrileño teatro Lara- que se viste de palabras y de miradas. De emociones que obligan al espectador a sumirse en el viaje emocional de los dos protagonistas. Porque de la ausencia del artificio nace la urgencia de adentrarse en una historia donde somos un personaje más. Testigos del viaje emocional de dos seres que se buscan en las cicatrices de su soledad y que, entre sus silencios y sus verdades a medias, nos abren -con implacable contundencia- nuestra propias grietas.

La interpretación de Kiti Mánver y Dani Muriel es implacable en su eficacia. No hay un solo instante de la función en que den tregua al público, guiándonos a través de un tortuoso laberinto en el que, más allá de la anécdota, queda la esencia de un viento donde habremos de reconocernos. Porque su desgarró y su verdad son tan desnudas como los recuerdos que todos atesoramos, como las heridas que nos causa el tiempo, como los reflejos y ecos que desata este dueto de actores en estado de gracia.

No resulta fácil encontrar apuestas tan valientes. Recorridos emocionales (de ida y sin vuelta) que devuelven el teatro a su esencia y que nos recuerdan que este género, para ser, solo precisa del actor. De su palabra. Palabras que, en este caso, nacen de un texto cargado de lirismo de Juan Carlos Rubio. Una obra en la que el verbo es tema y, a la vez, instrumento. Cartas, frases, destinatarios y remitentes. **Un texto de textos, una vida de vidas.**

El juego escénico no decae en ningún momento. La trayectoria de ambos personajes, dibujada con emoción y solvencia en el texto, cobra una dimensión elegante y, a la vez, apasionada gracias a sus actores. Y es que ante tanta -y tan necesaria- desnudez solo cabe la admiración por la temeridad. La osada decisión de despojar al escenario de su artificio al igual que los personajes habrán de deshacerse de sus máscaras.

Bajo sus ensayados disfraces nacerá la verdad. Bajo los focos que los observan, **auténtico teatro.**

Todosalteatro.com

Uno de los autores más prolíficos y con más proyección internacional de la actualidad es, sin duda, Juan Carlos Rubio. Este joven cordobés sigue creando espacios íntimos en un escenario que parece haber sido creado exclusivamente para el paisaje de sus obras, del encuentro entre sus personajes, del dolor y la esperanza, más allá del propio latido que supura, a menudo, la dulce angustia de vivir.

Así nos llega “Las Heridas del Viento” que viene arropada por una excelente crítica internacional, ya que ha sido estrenada en multitud de países, entre ellos Estados Unidos donde consiguió 5 nominaciones de la Asociación de Críticos del espectáculo de Nueva York, además de haber sido galardonada con prestigiosos premios, entre ellos el Hermanos Machado de Sevilla. Y es que “Las Heridas del Viento” es **una de esas obras en las que existe un compromiso, no solo teatral, si no también emocional.**

David se encuentra con que tiene que hacerse cargo de todo el legado familiar después del fallecimiento de su padre. Entre todas las pertenencias de éste, se encuentra con unas cartas de amor dirigidas a un hombre. Nunca pudo imaginar que su padre fuera homosexual, así que decide iniciar una búsqueda para dar con esa enigmática figura que le ha trastocado todos tus recuerdos. Al fin y al cabo se trata de un viaje hacia el fondo de sí mismo, de su propia condición humana, para descubrir que somos frágiles y que la misma vida nos va empujando, como una hoja de otoño sin saber muy bien hacia que lugar nos encaminaremos en la próxima estación.

“Las Heridas del Viento” aterriza, por fin, en Madrid, después de haber sido estrenada en España en la ciudad natal de su autor, Lucena en Córdoba. Como gran novedad en nuestro país es la presencia de su actriz protagonista, Kiti Manver, en el papel de un hombre, por lo que nos sigue demostrando su gran versatilidad y sus infinitas dotes interpretativas. Estará acompañada por Dani Muriel.

Coverset.es

"Las heridas del viento" es **una producción teatral de esas que llegan al corazón** y te lo encoge hasta el punto de sentirlo en el esófago, a punto de salirte por la boca. Y es que Juan Carlos Rubio dirige y escribe una obra teatral fabulosa, en la que cuenta con Kiti Mánver y Daniel Muriel para relatarnos la historia del padre de David (Daniel Muriel), un joven de 32 años que pierde a su padre, y se da cuenta de que apenas le conoce. Un día, descubre una caja cerrada que contiene en su interior unas cartas de amor que su padre recibió durante años, pero la sorpresa comienza cuando David las lee y descubre que esas cartas no eran de su madre, si no de Juan (Kiti Mánver), el amante de su padre. David se hace mil y una preguntas: ¿ha engañado durante toda su vida a su familia?, ¿ha sentido amor hacía Juan? Si su padre alguna vez ha sentido algo por una persona que no ha sido él mismo, Juan tiene que tener las respuestas, piensa David. Decide visitarle y que el amante de su padre le conteste a todas esas preguntas que le rondan por la cabeza pero, ¿está dispuesto a conocer la verdad?

Con una puesta en escena sobria, con apenas un par de sillas y haciendo uso de un fabuloso juego de luces con varios focos, estamos ante una de las mejores obras teatrales de los últimos años. Kiti Mánver interpreta un personaje masculino que es creíble desde el momento que se despoja de todos sus enseres femeninos: se deshace de su preciosa melena rubia, se desmaquilla con una rabia increíble y se convierte en Juan, un hombre varonil con un peculiar humor. Daniel Muriel interpreta a David, el hijo dolido que busca el amor de su padre, ese amor que jamás le dio en vida y que no podrá darle ahora. Lo interpreta con garra, con un saber estar fabuloso y desgarrador. Ambos actores usan los recursos que les brinda el hall del Teatro Lara con gran acierto: las escaleras, las columnas y las sillas para el público. Son sólo dos actores, pero te cuentan tres historias y te llegará al corazón.

Desdemibutacomunica.com

En Las heridas del viento, David se enfrenta a la muerte de su padre en busca de respuestas, ¿Quién fue realmente ese gran desconocido? Y, de repente, encuentra unas cartas que le descubren una realidad que no sabe si está dispuesto a aceptar. “A mi padre por todo lo que no se de él” reza la emotiva y sencilla dedicatoria que Juan Carlos Rubio hace en esta gran carta de amor teatral. Su David, sumido en la perplejidad, no puede entender al hombre que le dedicó una sola caricia, que hoy parecer estremecerle. El texto de Juan Carlos Rubio, aplaudido en medio mundo, está **dotado de un lirismo y una poesía, nada cargantes ni excesivos, que sumergen al espectador en el teatro más puro, el que dota a la palabra de emociones, sin ningún tipo de artificio**. Solo las cartas, unas sillas y la música de un smartphone acompañan a nuestros protagonistas en este viaje a la emoción más pura. Para dar voz y carne a los dos protagonistas, Rubio se rodea de dos actores, cuya emoción maneja a la perfección. Dani Muriel está viviendo una etapa dorada en su carrera y eso es gracias a la variedad de trabajos que ha ido encadenando en los últimos meses. Las heridas del viento es un paso hacia adelante en su carrera. Muriel se enfrenta cara a cara a un texto que exige el 200% de implicación del intérprete y él pasa la prueba con nota, muy especialmente cuando se crece ante la emoción compartida de su partenaire en escena, Kiti Mánver. Es el trabajo de esta ACTRIZ un ejercicio de sutileza y buen hacer encima de las tablas. Mánver imprime al personaje un amaneramiento nada forzado, que solo subraya en momentos contados, cual pinceladas de ese gran óleo que es la interpretación de esta gran maga de la escena que llena de emoción y de magia el hall del Lara desde que lo pisa por primera vez. Poco más que añadir, solo invitarles a que no dejen de

pasar 'Los lunes al hall' con este **montaje que, estoy seguro y es justicia divina, tendrá un largo recorrido.**

Madridiario.es

Un joven encuentra unas cartas, cuando menos extrañas, entre los papeles de su padre fallecido. Localiza al remitente y allí acude a pedirle explicaciones. Lo que no espera es encontrarse con un ser especial que no tiene ningún reparo en iniciar ese particular ajuste de cuentas. Enfrentarse a enigmas de un ser querido puede ser doloroso y revelador. Pero también un ejercicio catártico para quien se arriesga a sumergirse en una piscina cuyo fondo desconoce. Rubio, que aparece en el arranque del montaje para dar entrada a su alter ego, bucea sin escafandra en el pasado de un hombre maduro, recto, de férreas convicciones que intentó aplicar a sus hijos. Y lo hace empleando un lenguaje directo, sin subterfugios, con abundantes dosis de ironía y hasta de humor. Pero no se dejen engañar. Los dos protagonistas acabaran marcados tras los sucesivos encuentros que, a priori, podrían haber sido violentos.

"Las heridas del viento" constituye también **un extraordinario ejercicio interpretativo**, que solo cuenta con la palabra y un elemental atrezo para desarrollarse. Kiti Manver, a estas alturas de su carrera, puede permitirse afrontar retos como convertirse en un hombre. Y lo hace a cara lavada, con entrega y un absoluto dominio del personaje. Pocos espectadores no acabarán convencidos de que es un hombre a quien están viendo en escena. Kiti tiene la ironía, el lenguaje popular, el dolor de la pérdida, más allá de la anécdota. Enfrente -o a su lado- está Daniel Muriel, un actor que constantemente apuesta por el teatro en cualquier formato. También aquí trabaja con las manos desnudas, entregándose a una búsqueda de final incierto. Ninguno de los dos intérpretes puede bajar la guardia en ningún momento. Y no lo hacen. Tienen a los espectadores echándoles literalmente el aliento en la nuca.

Brillante trabajo que, con toda seguridad, tendrá prolongación en el tiempo porque **es un placer verlos y escucharlos**. El histórico teatro de Lara está apostando por una programación variada en todo sus rincones. Seguramente los actuales espectadores que acudan allí no podrán imaginar que hace más de 130 años, ya ofrecía esta sala hasta cuatro o cinco obritas distintas cada día. La apuesta de los lunes puede resultar muy interesante. "Las heridas del viento" es un buen ejemplo.

Efecto Madrid

"Las heridas del viento" son las heridas que quedan en el alma de cada uno en algún momento de su vida tras no haber conseguido un objetivo pretendido. El autor de esta **obra de teatro con mayúsculas** es Juan Carlos Rubio, ese hombre con cara amable que mete un revés al espectador con esta función, que quizá lo necesite para que no se olvide de que tiene sentimientos que en ocasiones parecen perdidos.

Juan Carlos teje una historia que podría ser la de cualquiera que se aferra al último salvavidas en el océano para no afrontar la realidad y ese salvavidas sólo trae consigo infelicidad y amargura. Esa que nos contagia Kiti Mánver a través de su personaje. ¡Qué pedazo de personaje! Kiti lleva mucha carrera a sus espaldas, pero entre los amantes del teatro tendrá que ser recordada indiscutiblemente por "Las heridas del viento" y digo esto aún sin saber lo que le deparará su futuro profesional que ojalá que sea mucho y bueno porque es una pedazo de actriz. Ella ha sabido asumir un riesgo que la muestra en pureza, sin maquillajes, y eso va en beneficio de su personaje y sirve de realce a su excelente calidad interpretativa que aquí no puede estar más llena de verdad. Su partenaire en el escenario es Dani Muriel, poniendo alma a un joven que no da crédito a la casual revelación "post-mortem" de su padre con la que empieza la historia, que le llevará a conocer más a su progenitor y quién sabe si llegará a arrepentirse de su codicia por saber más. Muriel refleja fielmente lo que es la

incertidumbre, la desesperación, la rabia y hasta el odio, sentimientos que penetran de tal manera en el ánimo del espectador que es imposible no salir del teatro impactado para unos días. **Rubio-Mánver-Muriel han demostrado que son un trío ganador. Calificación: Una joya teatral.**

El Estrella Digital

De la misma manera que pasa con los amigos, la relación con los buenos textos teatrales, va variando y haciéndose más sólida y profunda en cada nuevo encuentro. Las heridas del viento es un texto magnífico de Juan Carlos Rubio, es tan bueno que parece mentira que no sea más representado en España (si lo es en otros países, sin embargo). Yo lo conocí hace unos años y de mano de una compañía americana, me emocionó tanto que le vi varias veces. El propio autor nos lo ofrece ahora, en una versión desnuda de artificio y plena de sentido, en la antesala de un teatro, demostrando una vez más que en el arte, calidad y cantidad no van unidos. **Se trata de uno de esos textos que sugiere más en lo que esconde que en lo que cuenta. Lo que cuenta lo hace con una potencia lírica y una profundidad emocional que en muchos momentos sobrecoge.** En este caso la interpretación de Kiti Manver y Dani Muriel, limpia de todo apoyo escenográfico y con el público pegado impudicamente a ellos, es **una experiencia teatral ineludible para cualquiera que sienta el más mínimo interés por el teatro.**

La obra culmina con un magistral monólogo. En esta puesta y a esas alturas, todo el público ha olvidado que Juan es una actriz, una enorme actriz -Kiti Manver- incluso ha olvidado que está en el teatro y, mientras se aporta un poco de luz a todo lo que no sabemos y nunca llegaremos a saber, Juan nos desvela su relación con la metáfora elegida para el título:

“Siempre me ha gustado escuchar el sonido del viento, tan suave en su continuo y perseverante camino... El viento no hace daño, no te hiere, pensaba...Tan sólo te balancea de un lado a otro, revuelve tu pelo, tu ropa, pero no tu corazón...Sin embargo, el viento no es sólo ese viento que yo amaba, que me hacía sentir seguro...El viento también puede ser huracán que destruya tu vida y tus sentimientos si no sabes alejarte a tiempo... “.

La obra nos habla, mejor aún nos sugiere, infinitas visiones sobre el amor, las decisiones que uno toma en la vida, la importancia de saber que no todo es lo que parece, del engaño, del auto engaño, de cómo se aprende a vivir,...; nos muestra tantas cosas, que casi se me escapa una de las cuestiones que, sin embargo, están sugeridas ya desde el mismo título (acertado y bello, hay de decir). Al llegar a casa de vuelta de la función y revuelta por las emociones vividas, lo que me golpea son las imágenes del paso del tifón Haiyan por Filipinas. Su crudeza y la devastación que muestran, me devuelven al título Las heridas del viento y me hacen pensar en algo en lo que no había caído hasta ahora; lo duro y difícil que es aceptar las tragedias sin culpables.